

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XX

Octubre de 1943

Núm 220

Puntos de vista

La proximidad de la cultura norteamericana

CON el gran empuje dado a lo que se llama un poco vagamente panamericanismo, los norteamericanos han puesto su cultura al alcance de nuestra mano. Existe el deseo—tácito y declarado—por parte de los norteamericanos de considerar que la cultura europea ha fenecido. Ante un hecho tal—que de ser verdadero tendría para nosotros latinoamericanos un aspecto trágico—hay que hacer surgir un concepto panamericano de cultura. Desgraciada o afortunadamente la cultura no es una institución que se pueda establecer de acuerdo con ciertas fórmulas más o menos patrióticas o de buena voluntad; la cultura es una fuerza avasalladora que transforma a los pueblos y cuyo cauce no puede ser desviado por intereses locales y transitorios.

Sin aceptar entonces el postulado yanqui que declara difunta a una cultura que nos sigue nutriendo, debemos convencernos de que muchos aspectos de esa cultura no tienen significado para nosotros en este continente americano. Tenemos que ensayar nuestro propio concepto de cultura, o mejor dicho, tenemos que evolucionar hacia una cultura que tenga raíces en nuestra tierra, sin desdeñar la esencia íntima de lo europeo.

Nosotros, sea porque representamos menos que los yanquis en el concepto de la cultura occidental, sea porque tenemos una actitud más humilde frente al mundo, tenemos menos fe que ellos en nuestras posibilidades de contribución a la cultura universal. Lo

que podamos haber contribuído en el pasado o podamos contribuir en el futuro no es del caso discutirlo aquí por la brevedad del espacio. Ahora sólo nos preocupa la proximidad de la cultura norteamericana y lo que de ella podemos sacar, en este momento tan favorable a nuestras relaciones culturales.

Indudablemente es en el campo científico donde podemos espiar con más provecho. Las ciencias físicas y naturales están experimentando en el gran país del norte un grado tal de desarrollo que ya sería inútil buscar en ningún centro europeo lugares más adecuados para esta clase de actividades. Nuestros investigadores y científicos que viajan constantemente a Estados Unidos y que leen revistas y publicaciones científicas y técnicas en inglés serán los primeros en aprovechar tan excelentes oportunidades como las que ofrecen hoy las universidades y centros de investigación de Norte América.

Para nuestro país—afligido intermitentemente por una serie de epidemias y plagas—la medicina preventiva y la higiene pública de los Estados Unidos debe ser una verdadera fuente de inspiración. A las invitaciones constantes de las instituciones yanquis a nuestros médicos, el Estado debería corresponder con invitaciones similares y traer a Chile especialistas en sanidad que hicieran de nuestra tierra, en unos pocos años, un verdadero paraíso poblado de hombres sanos y fuertes.

En el campo de la filosofía el fenómeno es de sumo interés. No cabe duda de que desde los tiempos de Emerson hasta los de Dewey y Santayana los americanos del norte han tenido vigorosos y originales pensadores. Sin embargo, parece que el prestigio de una civilización puramente mecánica hubiera obscurecido el mérito y el renombre de estas grandes figuras. Esta injusticia—contra la cual se han levantado en forma práctica voces tan autorizadas como la de don Enrique Molina entre nosotros—se corregirá cuando empecemos a conocer en traducción las formas y expresiones del pensamiento yanqui.

Creemos que el mérito relativo de la música y la pintura de los Estados Unidos es justamente apreciado hoy por los elementos más cultos de nuestro país. No podemos decir lo mismo de la literatura yanqui que vive hoy uno de sus momentos más intensos. El comercialismo norteamericano es culpable de que aquellos libros que tienen éxito inmediato de librería sean vertidos al español en el acto. Es así como libros tan mediocres como «Anthony Adverse» y «Lo que el viento se llevó» pudieron alcanzar el honor de varias ediciones en castellano.

En cambio, es mucho más difícil encontrar en buenas traducciones las obras de Santayana, Thomas Wolfe, Archibald MacLeish, Ezra Pound o T. S. Elliot. Sólo cuando no interviene el criterio comercial—como es el caso de la Editorial Sur de Buenos Aires—se pueden presentar dignamente los genuinos valores de la literatura norteamericana a nuestros lectores. Es de esperar entonces que los mismos norteamericanos comprendan que tienen una gran misión que cumplir y en vez de darnos «Selecciones del Readers Digest» en mal español e historietas ilustradas de pésimo gusto, estudien sus propios valores y nos los ofrezcan en buenas ediciones.

La proximidad de la cultura norteamericana puede ser un arma de dos filos y convertirse en una gloriosa fuente de alta inspiración o degenerar en el pantano de un mercantilismo, del cual ya empezamos a ver las primeras señales en nuestras revistas populares y en las traducciones de intensos libros que tratan de episodios de la guerra. Hay que comprender que toda esta basura será barrida por el viento y que los altos valores seguirán siempre tan altos como las estrellas.

T. R.